

paje de Su Santidad, y afirmado mas en su creencia, habia anunciado la feliz nueva al general Cavaignac, que la recibió con grande júbilo. La venida de Pio IX hubiera proporcionado ocasion al alto aspirante á la presidencia de la república de colocar la tiara pontificia en los sitios públicos de Paris como un cartel electoral.

### CAPITULO X.

#### FUGA DEL PAPA PIO IX.—LLEGADA A GAETA.—PROCLAMACION DE LA REPUBLICA EN ROMA.

La fuga del Papa era cosa decidida; pero ¿qué camino debia tomar Su Santidad?..... Despues de maduras reflexiones habiase reconocido que no era prudente seguir la ruta de Civita-Vecchia, por demasiado frecuentada; convínose, pues, en que Pio IX marcharia primeramente á Gaeta por las Lagunas Pontinas en el carruaje de la condesa de Spaur esposa del ministro de Baviera, que al propio tiempo el duque de Harcourt llevaria su equipaje á Civita-Vecchia, bajo la custodia de monseñor Stella, y que allí llegaria el ministro francés á bordo del *Tenaro* para conducir al Padre Santo desde Gaeta á Marsella.

Arreglado todo definitivamente, el 24 de Noviembre de 1848 á las seis de la tarde pidió de cenar Pio IX, que, segun decian, estaba enfermo.

Una hora antes, al pasar por delante de sus guardias nobles, les dijo conmovido:

“Mucho os agradezco, hijos carísimos, el interes que me habeis manifestado, y os prometo que jamas se borrará de mi memoria.”

Estas palabras habian sorprendido y conmovido á los guardias.

Creíasele en su gabinete dando audiencia á diferentes personas, siendo así que en aquel momento se quitaba la sotana blanca, y, vestido de simple clérigo, salia acompañado del Sr. Filippini, su mayordomo de palacio, de monseñor Stella, y de su ayuda de cámara Ricci. El duque de Harcourt se quedó en el gabinete aparentando que hablaba con Su Santidad, y poco despues salió tambien pasando por delante de los oficiales de la guardia, mientras sonaba dentro la campanilla que solia tocar el Papa cuando despedia á alguna persona. En el instante mismo llegó un camarero secreto á prevenir á la guardia noble que podia retirarse, porque Su Santidad se habia ya recojido.

El camarero apagó en seguida las bugías. Pio IX atravesó varios salones casi oscuros, y llegó á la célebre puerta incendiada llamada de las

*Cuatro fuentes.* Allí le esperaba un coche de alquiler perteneciente á un tal Briancone; el cochero no sospechó nada. Monseñor Stella se sentó al lado del Pontífice, el Sr. Spaur subió al pescante, y el ayuda de cámara se colocó en la trasera.

—¡Adios, señor abate! dijo Filippini despidiéndose del Papa.

Un centinela que allí habia, no hizo reparo alguno, y el carruaje se alejó (1) dirijiéndose por el camino de las Lagunas Pontinas.

La condesa de Spaur, acompañada de su hijo, habia salido aquel mismo dia por la mañana para su casa de campo situada cerca de Albano, y se le hacian las horas siglos esperando al ilustre fugitivo en el lindo valle de Aricia junto á la iglesia de Galloro.

La noche estaba muy oscura. Una patrulla de carabineros de á caballo pasó por aquel sitio, y llena la condesa de terror, creyó por un momento escuchar la triste nueva del arresto de Pio IX.

Habia entablado un diálogo con el gefe del destacamento militar.... De repente, á través de la oscuridad vé adelantarse hácia ella dos personas; eran Pio IX y su marido.

—“¡Vamos, querido conde! dijo con afectada displicencia, siempre os haceis esperar.”

Y apoyada en el brazo de un carabnero, volvió á subir en el carruaje con el abate y el ministro. Uno de los militares cerró la portezuela, y los fugitivos prosiguieron su camino.

Llegaron por fin á Portella sin obstáculo alguno. Allí se vé una puerta, junto á la cual está la habitacion de un oficial de aduanas, napolitano, ya en territorio de las Dos Sicilias; un paso mas, y desaparece el peligro. En efecto, llegan, pasan sin dificultad y el Pontífice se salva.

La condesa de Spaur dió gracias al cielo derramando abundantes lágrimas.

Pio IX estrechaba contra su pecho la cajita sagrada de Pio VI; alzó sus ojos al cielo con la serenidad del justo y el reconocimiento del cristiano, y murmuró un *Te Deum* en accion de gracias; su mirada habia recobrado la dignidad apostólica del sucesor de San Pedro. Al abate habia sucedido el Papa; al humilde fugitivo el augusto soberano.

Dos horas despues, los tres viajeros pasaban junto al sepulcro de Ciceron. Allí era donde el gran orador, huyendo de sus verdugos y dirijiéndose á Gaeta, fué alcanzado por los soldados de los triunviros. Ciceron caminaba en su litera; miró al centurion que venia á prenderle y le dijo:

(1) Decíase que habia apostados varios espías para vigilar al Papa é impedir su evasion. Uno de ellos parece que le vió pasar y le reconoció.



—Te reconozco; en una ocasion te di la vida.

—Pues yo te daré la muerte, replicó el feroz republicano.

Y Ciceron cayó degollado.

¡Oh singular coincidencia! Allí tambien, Pio IX se sustraia al furor de los futuros triunviros de Roma. El tambien, cerca de Gaeta, huia de aquellos á quienes habia dado la vida y colmado de beneficios. El santo Pontífice suspiró contemplando con amargura los restos del mausoleo, cubiertos de verde yedra... y sobre aquellas fúnebres ruinas donde no se oia mas que el lúgubre canto de las aves nocturnas, oró por sus enemigos en memoria del ilustre romano. Ciceron no habia creído sino en los *dioses conocidos*: el *Dios conocido* salvaba á Pio IX.

A las diez de la mañana bajaron á la *locanda de Cicerone*, parador construido en los jardines donde en otro tiempo se paseaba el filósofo orador. Las olas del mar besan los restos del palacio en que vivió el elocuente adversario de Catilina; imájen de lo pasado en toda su incierta vaguedad, plácido sueño en todo su misterio; pero á lo menos es indudable que allí habitó el ingenio. Por de fuera se estiende la inmensidad, dentro tuvo la inmortalidad su morada.

El cardenal Antonelli y el señor Arnao, secretario de la embajada española, se unieron con Pio IX en *Mola*. Celebróse en seguida un consejo, y el Sr. Spaur partió para Nápoles á fin de anunciar á Fernando II la llegada del gefe de la Iglesia; al dia siguiente el rey acudió á Gaeta.

Mientras tanto el señor Freslau, dirijiendo su anteojo hácia el Mediterráneo, desde la torre mas alta de Marsella, preguntábase á sí mismo: *¡Virgen Santa! ¿estoy yo ciego que nada veo venir?* ¡Ah! el viento no empujaba buque alguno que trajese al gran elector santificado, por quien Cavaignac suspiraba; al representante del Señor, que debia contribuir á que saliese presidente de la república en el escrutinio del sufragio universal el descendiente de un regicida. ¡Magnífico papel para un papa!

El rey de Nápoles alojó á Pio IX en la mejor residencia de Gaeta. Era una casita de cinco ventanas con sus persianas verdes, y las paredes pintadas de negro. Antonelli ocupó en ella un aposento; en el entresuelo se instaló el mayor Young, oficial suizo, nombrado capitán de la guardia del Papa, y Fernando II con su esposa, se acomodaron en el *Casino militar*, allí contiguo (1).

Gaeta solo tiene una calle que pueda llamarse tal; la que va de la puerta de la tierra á la de mar; las otras, formadas por casas mezquinas y pobres, construidas sobre las faldas ó vertientes de los riscos, solo tie-

(1) Allí durmieron poco despues. Esta pequeña habitacion no tiene mas que tres ventanas á la calle.

nen de cinco á seis pies de fachada; y sin embargo, dentro de los muros de tan modesta ciudad, se encerraban entonces dignidades de la Iglesia, grandes de la corte, gefes del ejército: allí relumbraban uniformes de toda especie, y se cruzaban cuantos manejos son imajinables.

La capital del mundo cristiano no supo la evasión de Pio IX hasta el 25 de Noviembre á las 7 de la mañana: todos se quedaron estupefactos. Constitucion, Papa, leyes y gobierno, todo desaparecia de un golpe... todo excepto el genio de la destruccion, porque iba á aparecer la república.

Reunidos en Gaeta los miembros del cuerpo diplomático, el soberano Pontífice protestó allí contra todo lo que habia ocurrido en Roma antes de su fuga, declaró destituido el ministerio del 16 de Noviembre y nombró en su lugar una comision de gobierno.

Roma no aceptó esta comision, y envió una diputacion á Gaeta con el objeto de comprometer á Su Santidad para que regresase, á lo cual se negó rotundamente Pio IX (1).

La ciudad de las siete colinas estableció al punto como poder ejecutivo, una especie de *Directorio*. Roma parodiaba á Paris.

Poco despues se publicó un decreto convocando la *asamblea constituyente*, la cual, puesto que nada absolutamente tenia que *constituir*, declaró al momento, que el Papa quedaba destituido *para siempre* de su poder temporal. En seguida, como conclusion de este exordio, se proclamó en Roma la república desde lo alto del Capitolio; por supuesto la república *gloriosa*, pues es sabido que no hay horrible saturnal de la anarquía que no haya sido bautizada con este epíteto. Ahí están si no Julio y Febrero, porque Paris ofrece todos los modelos de este género.

## CAPITULO XI.

Mazzini.—REVOLUCION DE TOSCANA.—LA REPUBLICA EN LIORNA.—FUGA DEL GRAN DUQUE DE TOSCANA A GAETA.—GOBIERNO PROVISIONAL EN FLORENCIA.—BATALLA DE NOVARA.—ABDICACION DE CARLOS ALBERTO.

El gran duque de Toscana, Leopoldo, abria en persona las cámaras el 9 de Enero de 1849 (2); él mismo mes en que el abate Gioberti fué nom-

(1) El caballero Estanislao de Aloe, ha publicado un Diario titulado: "Le Diario de l'arrivée et séjour de Pie IX á Gaette," en el cual se encuentran permenores interesantísimos acerca de Su Santidad escritos con el talento propio de un noble defensor de la monarquía y de la religion.

(2) Un mes antes de la destitucion del Papa, decretada el 9 de Febrero de 1849.